

HISTORIA DEL MAGISTERIO EPISCOPAL LATINOAMERICANO.

Visión sintética de Río, Medellín, Puebla, Santo Domingo.

Alvaro Cadavid Duque.*

1. EL POR QUÉ DE UN MAGISTERIO EPISCOPAL LATINOAMERICANO

No es común en la Iglesia hablar de Magisterio en orden a un Episcopado regional. Hasta ahora no se habla en la Iglesia de un Magisterio Episcopal europeo, ni asiático, ni africano. Sólo desde América Latina se ha hecho ya lugar común hablar de un Magisterio propio. Qué fundamentos y qué significado tiene este Magisterio? Cuál es su relación con el Magisterio universal?. Es preciso aclarar estos interrogantes y poder acreditar la legitimidad de tal Magisterio para luego hacer el breve recorrido que nos proponemos.

América Latina representa, a nivel cuantitativo, un peso grande dentro de la Iglesia católica. El 43% de los 930 millones de católicos del mundo se encuentran en nuestro subcontinente. Se dice que para el año 2.000 un poco más de la mitad de católicos del planeta serán latinoamericanos. Este dato habla por sí solo. Pero no se trata únicamente eso. A nivel cualitativo es también innegable, como ya se ha afirmado tantas veces, que entre luces y sombras, la fe cristiana tiene raíces muy hondas en nuestro subcontinente. El catolicismo ha impregnado tan profundamente el alma de nuestros pueblos y culturas que se afirma que él hace parte de nuestra matriz cultural.

Fruto de la toma de conciencia de la profunda vivencia religiosa de nuestros pueblos y de su riqueza cultural, la Iglesia Latinoamericana, silenciosa por cuatro

* Sacerdote diocesano. Vicerrector académico del Instituto Teológico-Pastoral del CELAM. Colombiano.

siglos y medio comienza, en los últimos 50 años de nuestro ya agonizante siglo XX, a hacerse consciente de su propia identidad y de su ubicación e importancia dentro de la Iglesia universal. Durante este último medio siglo nuestra Iglesia empieza a decir una palabra nueva y joven, manifestándose con una personalidad propia que interpela a la añeja riqueza de la ya dos veces milenaria Iglesia universal.

Esta toma de conciencia de su identidad no se dio de un momento a otro. Hay elementos en su caminar que fueron conduciendo a esta meta. Mencionemos algunos.

En 1545, a cincuenta y tres años del descubrimiento de América, se celebraba en la Iglesia universal el concilio de Trento. En América Latina se realizaron luego algunos concilios que, de alguna manera, se preocuparon por hacer conocer a Trento en nuestro continente, entre los que se destacan el tercer Concilio Limense efectuado en 1582 bajo la figura de Toribio de Mogrovejo y el tercer Concilio Mejicano llevado a cabo en 1585. Pero ninguna de estas reuniones alcanzó a expresar la identidad de nuestra Iglesia.

Más tarde, el Papa León XIII reunió, del 23 de mayo al 9 de junio de 1899, en Roma, a algunos obispos de la región, para el I Concilio plenario de América Latina. Con esta reunión quería el Papa reorganizar y vitalizar la Iglesia y responder a la difícil cuestión de la paulatina protestantización de nuestro continente. Fue el sucesor de León XIII, el Papa Pío XII, quien con su gran altura intelectual y su profunda intuición pastoral vislumbró desde 1945, en su mensaje de Navidad, el papel que jugarían estas jóvenes iglesias y cómo Europa podría dejar de ser el centro y protagonista del mundo para entregar su lugar a otros centros eclesiales más vivos y dinámicos que en aquel entonces aparecían en la periferia del centro europeo. Decía el Papa en ese mensaje navideño, respecto a la Iglesia:

Muchos países, en otros continentes, han rebasado hace no poco tiempo la etapa misionera de su organización eclesial, son gobernados por una jerarquía propia y dan a toda la Iglesia los bienes espirituales y materiales; mientras antes únicamente los recibían. Este progreso y este enriquecimiento de vida sobrenatural, e incluso social, de la humanidad, no revelan el verdadero sentido de la supranacionalidad de la Iglesia? ¿no la hace mantenerse, como suspendida en una lejanía inaccesible e intangible, por encima de las naciones; al contrario, como Cristo lo fue en medio de los hombres, la Iglesia, en la que Cristo continúa viviendo, se encuentra en medio de los pueblos.

El Papa Pío XII comienza a ver hecha realidad su intuición cuando, del 25 de julio al 4 de agosto de 1955, se reunió en Río de Janeiro, Brasil, la I Conferencia

General del Episcopado Latinoamericano. Es de aquí de donde va a surgir un movimiento nuevo y pujante para la Iglesia universal. Un movimiento que, desde la periferia cultural y eclesial, va a enriquecer y rejuvenecer la Iglesia universal. Es el momento en que nace el Magisterio Episcopal Latinoamericano.

Desde que nuestros obispos comienzan a reunirse, aunque muy tímidamente al principio, se va dando una progresiva toma de conciencia de que los problemas y anhelos de cada diócesis y región no son aislados sino que son problemas y anhelos comunes de todo el pueblo de Dios que camina en nuestro subcontinente. Se empiezan a *latinoamericanizar* todo un conjunto de situaciones y realidades que se viven en una y otra parte de nuestra amplia geografía. Esa común identidad de realidades, problemas y anhelos va a exigir análisis y respuestas pastorales igualmente comunes.

CONFERENCIA DE OBISPOS

Es esta *latinoamericanización* la que permite iniciar un camino que hasta hoy continúa y que ha dado ricos frutos de cara al crecimiento de la Iglesia en esta parte del mundo. Es un camino que ha tenido sus momentos privilegiados en los acontecimientos que hemos llamado Río de Janeiro, Medellín, Puebla, Santo Domingo y en los documentos emanados de los mismos. En estos se recogen las inquietudes y las esperanzas del pueblo de Dios; en ellos se descubren los horizontes de comprensión de los problemas y las pistas de acción que se han ido delineando en estos últimos 50 años de quehacer pastoral. Es tal la importancia de estos acontecimientos y documentos que podemos afirmar la imposibilidad de entender el peregrinar de los cristianos en América Latina sin la obligada referencia a ellos.

CONFERENCIA DE OBISPOS

Es innegable que los obispos latinoamericanos han tenido un corazón sensible para escuchar y asumir las voces de nuestro pueblo. Ellos han sabido interpretar sus anhelos y hacerse eco de sus esperanzas. Nuestro Episcopado ha simbolizado y traducido la vida de toda la Iglesia en América Latina. Aquí radica uno de los fundamentos del Magisterio de nuestros pastores eclesiales. El ha sido fruto de la profunda sensibilidad de nuestros obispos por las condiciones de vida del pueblo humilde y sus expectativas de liberación.

Este Magisterio, ejercido en una colegialidad sin parangones en ningún otro Episcopado regional, ha sabido también mantenerse unido al Magisterio universal de los romanos pontífices con una originalidad y creatividad sin igual. No ha sido ésta una unidad pasiva sino más bien fruto de un diálogo enriquecedor. Magisterio universal y Magisterio particular latinoamericano se han mutuamente iluminado, esclarecido y complementado. De esta manera nuestros obispos han conseguido darle, desde la situación concreta de nuestros pueblos, una impronta propia a los documentos del Magisterio universal, lo que ha possibilitado que la Iglesia, toda y el

reconoce en el otro solidarios y asociados en sus esfuerzos.

mundo mismo se hayan sentido interpelados por esta Iglesia regional que dice su identidad y habla de lo propio de la expresión de fe Latinoamericana.

En este proceso de formación de un Magisterio propio de América Latina es justo reconocer la presencia del CELAM como vehículo privilegiado a través del cual se ha reforzado la solidaridad regional Latinoamericana y la implementación de líneas comunes en el campo doctrinal, lo que ha facilitado reuniones, organizaciones, proyectos y acciones conjuntas en todo el subcontinente. La creación de este organismo supuso la afirmación de esa identidad eclesial de la que hemos hablado.

2. VISION SINTETICA DE RIO DE JANEIRO, MEDELLIN, PUEBLA Y SANTO DOMINGO

Ahora nos proponemos presentar de una manera breve el momento histórico y las respuestas de estos acontecimientos y sus respectivos documentos a las realidades vividas en aquellos momentos particulares a los cuales se quiso responder. Queremos mostrar también la líneas de continuidad y a la vez la singularidad de cada uno de los mismos.

Río de Janeiro

El contexto

Simón Bolívar, libertador de 5 repúblicas del continente latinoamericano, soñó siempre con la Patria Grande. Pensó en las inmensas posibilidades de una América Latina unida. Pero desde la época de las difíciles luchas por la independencia en el siglo pasado y la complicada consolidación de las nuevas naciones, que cayeron bajo la hegemonía inglesa, se hizo tarea ardua la unificación de nuestros países. Ha sido este un sueño hasta hoy irrealizado, pero en el cual se tiene puesta la mira desde hace ya medio siglo tanto por parte de nuestras naciones como de la Iglesia misma.

Hacia el año 1945, fin de la segunda guerra mundial, Estados Unidos, que jugaba un papel preponderante como vehículo unificador continental, se convierte en potencia mundial y América Latina pasa a un segundo plano en los intereses de la nueva super potencia. Comienza la llamada guerra fría que tendrá consecuencias importantes para nuestros países. En este momento empiezan también nuestras naciones a luchar por su industrialización, lucha que se realiza bajo el modelo economicista. Aparecen, al mismo tiempo, deseos de una mayor integración que facilite las relaciones y los intercambios entre las naciones.

Entre el pueblo aparecen los primeros brotes de una mayor conciencia de la dignidad humana y el rechazo de todo tipo de dependencia, que en países como Argentina y Brasil provoca ideales grandes de liberación.

A nivel eclesial nos movemos en el pontificado de Pío XII, caracterizado por una labor de ribetes profundamente universalistas. Hay en nuestro continente escasez de sacerdotes lo que dificulta que la Iglesia crezca sin la ayuda de misioneros como lo deseaba el Papa en su Encíclica *Evangelii Praecones* de 1951. Dicha escasez preocupaba al Papa, por lo que invita a las iglesias europeas a enviar sacerdotes a América Latina, como en efecto sucede. En este mismo año comienzan a expandirse por América Latina las organizaciones internacionales católicas, sobre todo, la Acción Católica en sus formas especializadas. Se atiende de manera especial al mundo obrero y al sindicalismo. Pululan grupos, reuniones y congresos que van creando un clima de *latinoamericanización* de las vivencias propias de cada país.

La población Latinoamericana crece a un ritmo acelerado y la acción de los misioneros protestantes en medio de esta creciente población es cada vez mayor. Junto a este problema, se sentía como una amenaza la presencia de un buen número de marxistas en los distintos países de América Latina que antes habían ejercido un anticlericalismo notable al lado de los ilustrados del siglo XIX. Ahora no tenían mucha influencia, pero ahí estaban.

En este contexto, brevemente descrito, se convocará la Conferencia de Río de Janeiro.

La Conferencia

El primer Concilio Latinoamericano de 1899 había sugerido que los Episcopados de cada país se reunieran periódicamente en conferencias episcopales. Muchos países trataron de hacerlo, pero se tornó en algo esporádico debido a la inexistencia de estructuras que facilitaran la continuidad. Es Brasil quien, en 1952, crea su Conferencia Episcopal con un secretariado permanente, el cual va a facilitar la continuidad y las estructuras de servicio que permitan a la Conferencia ejercer una labor permanente, más allá del ámbito diocesano. Fue nombrado primer secretario de dicha Conferencia Monseñor Hélder Cámara, a quien correspondió la tarea de organizar la I Conferencia general de Episcopado Latinoamericano en 1955.

En el proceso de preparación fue interesante el envío de cuestionarios para que los obispos respondieran y presentaran una visión de la realidad de América Latina.

La reunión, a la cual asistieron 96 obispos, se desarrolla del 25 de julio al 4 de agosto. Su tema central es la escasez del clero, las vocaciones y formación de seminaristas. También se aborda el apostolado social, indígenas, inmigraciones y juventud. El texto final contiene 97 numerales.

Es claro que existe también en Río la preocupación por defender y formar mejor en la fe al pueblo y por colaborar en la solución de los problemas sociales del momento. Para defender y contribuir a la solidez de la fe, se recomienda la lectura de la Biblia y el fomento de ediciones populares, la celebración del día nacional de la Biblia y la organización de cursos bíblicos. De cara a contribuir en la solución de los problemas sociales, de los cuales se empieza a tomar conciencia, se preocupa la Conferencia por la defensa de los indígenas y se recomienda prioritariamente la promoción y formación de agentes, con énfasis en los sacerdotes y religiosos, pero sin descartar a los laicos como colaboradores de la misión. Se insinúa también, en esta reunión, la cuestión referente a la integración interna de las Iglesias Latinoamericanas.

En este contexto se decide la creación del Consejo Episcopal Latinoamericano - CELAM, con el objetivo de estudiar los problemas que interesan a la Iglesia en América Latina, coordinar actividades y preparar nuevas conferencias del Episcopado latinoamericano. Se ha hecho común considerar la creación de este organismo como el principal aporte de la conferencia de Río.

Medellín

El contexto

Inicialmente se propuso instalar el CELAM en Roma, pero la Santa Sede quiso que fuera en América Latina. De esta manera Pío XII salió adelante en su proyecto de fortalecer las iglesias de los continentes y en este caso la de América Latina. Es este también el momento (1956-1959) en el que se crean la mayoría de las conferencias episcopales de cada país, con el apoyo y la animación decidida del CELAM. En 1958 se fundan también la CLAR y la OSLAM.

Pío XII apoya firmemente al CELAM y lo mismo hace su sucesor, a partir de 1958, el Papa Juan XXIII. La idea que subyace a todo este movimiento en torno a América Latina es la de darle una perspectiva continental, de conjunto, a las diversas problemáticas de cada país, que en el fondo repercutían en todo el continente: Así se *latinoamericanizaban* las situaciones y las visiones. El Papa Juan XXIII a los tres años de fundado el CELAM, en su tercera asamblea celebrada en Roma en noviembre de 1958, alentaba a este organismo para que tuviera una clara

visión de conjunto de la realidad y se elaborara un plan de acción que se realizaría con la colaboración de todas aquellas personas de buena voluntad.

En el lustro del '55 al '60 irrumpe en América Latina la cuestión del "desarrollo" como perspectiva de solución a sus crecientes problemas. Esta perspectiva está apoyada por la Comisión Económica para América Latina-CEPAL dependiente de la ONU.

En los análisis de la situación se descubre que, dentro de una perspectiva económica, la relación centro-periferia ocasiona un intercambio desfavorable para América Latina. Se esboza entonces la teoría del desarrollo económico latinoamericano, centrada en la industrialización. Pero lentamente la CEPAL amplía su horizonte de comprensión del problema y ve claro que lo económico se hace impenetrable sin asumir la cuestión social, ya que ésta presenta obstáculos al desarrollo. Se hacen estudios sociológicos que alcanzan niveles insospechados de investigación de la problemática Latinoamericana, los cuales llevan a la conclusión de la necesidad de una profunda reforma social.

En 1958, después de la muerte de Pío XII, se elige como pontífice al Papa Juan XXIII, quien se encuentra, al interior de la Iglesia, con una mentalidad completamente desfasada ante el hombre y el mundo moderno. En 25 de enero de 1959 anuncia la celebración de un Concilio Ecuuménico y en 1960 aparece su encíclica *Mater et Magistra*, en donde la Iglesia asume toda la problemática del tercer mundo, alcanzando ésta un eco mundial.

En este momento, es importante poner de relieve las profundas intuiciones evangélicas y pastorales del llamado "Buen Papa Juan", pues sin ellas nos sería imposible entender el desarrollo posterior de la Iglesia, tanto a nivel universal como latinoamericano.

La mentalidad encontrada por el Papa tuvo su origen en la reforma eclesial llevada a cabo por el Papa Gregorio VII en el año 1073. Esta reforma buscó afrontar la escandalosa problemática creada por la servidumbre de las investiduras, la simonía y la corrupción de las costumbres, sobre todo del clero. En el esfuerzo por superar estos difíciles problemas, la Iglesia, asimiló y asumió la mentalidad sacral y piramidal de la Europa de esos momentos, lo que provocó la centralización en la institución papal y eclesial, de un gran poder que convierte a esta última en la instancia definitiva de decisiones espirituales y sociales en la Europa de aquel siglo y de los venideros. Es la época en la que se impone el modelo eclesial llamado *cristiandad*.

La Iglesia se convirtió, de esta manera, en una estructura fuertemente piramidal y autoritaria, con una fuerte carga de juridicismo, disciplina y clericalismo que la lleva a centrarse en sí misma y en la tarea de su autoperfeccionamiento, en competencia con las estructuras mundanas, olvidándose del encargo misionero que le encomendó su fundador.

Es esta la Iglesia que, como decíamos, se encuentra el Papa Juan. Ella no responde a las exigencias de una nueva mentalidad que se venía gestando desde hacía casi tres siglos en el mundo Europeo y que se presenta con características de humanismo antropocéntrico, autonomía, libertad, igualdad, democracia y promoción de los derechos humanos. El Papa soñaba, como de alguna manera lo expresara en el discurso inaugural del Concilio, con una Iglesia distinta, menos arrogante y más humilde, menos "señora" y más servidora, menos centrada en sí misma y más misionera, menos acaparadora de la verdad y con mayor capacidad de diálogo con los hombres de cualquier condición y creencia, en fin, una iglesia menos poderosa y más de los pobres.

El 11 de octubre de 1962 se celebra en Roma la apertura del Concilio que se clausura tres años más tarde, el 8 de diciembre de 1965. Es la primera vez en la Iglesia que un concilio no tiene por objetivo defender la fe. Es un concilio dedicado a la reflexión de la Iglesia sobre sí misma para su renovación y aggiornamento de cara al mundo. Por mucho tiempo la Iglesia se había colocado por encima del mundo; ahora quiere presentarse como una realidad dentro del mundo y al servicio del mismo.

El resultado del concilio Vaticano II es la instauración del perdido diálogo con el mundo y con el hombre, que se había cerrado, como ya se señaló, desde el comienzo de la llamada Modernidad, hacía casi tres siglos; diálogo que significa el rompimiento con la cristiandad y la apertura concreta al mundo cultural de los hombres de cada época y región. El centro y clave de este nuevo diálogo y deseos de renovación conciliar se expresa en la constitución dogmática *Lumen Gentium* y en la constitución pastoral *Gaudium et Spes*.

A partir del Concilio todo es nuevo en la Iglesia. Podemos hablar, siguiendo sus mismos documentos, de una nueva eclesología, de una nueva comprensión de la revelación, de una nueva comprensión del hombre, de una nueva manera de celebrar la fe, de una nueva manera de entender a los bautizados devolviéndoles su protagonismo ministerial, de una nueva manera de realizar la actividad misionera, de una nueva manera de relacionarse con otras Iglesias y religiones, de una nueva manera de educar en la fe, de una nueva actitud frente a los medios de comunicación social.

Pablo VI continúa el proceso de renovación eclesial puesto en marcha por el Concilio. Tres documentos están orientados en este sentido: *Eclesiam Suam* (1964) *Populorum Progressio* (1967), *Octogesima Adveniens* (1971). En el primero proclama el Papa la necesidad del diálogo permanente con el mundo, en el segundo afronta la tensión desarrollo-subdesarrollo, urgiendo transformaciones profundas en el orden económico internacional para atender a las solicitudes de los países pobres y al interior de la Iglesia, pide una mayor profundización de la conciencia eclesial. Finalmente, en el tercer documento, reclama el compromiso socio-político de los cristianos.

A mediados de la década de los años sesenta, la situación social se tornó más difícil para América Latina. La pobreza alcanzaba niveles insospechados, la violencia arreciaba, los regímenes militares se sucedían uno tras otro. Fracasa la Alianza para el Progreso, las teorías desarrollistas caducan y comienza a abrirse paso la teoría de la dependencia, a la cual se adhieren la mayoría de intelectuales y universitarios. Muchos de ellos se entregan a las luchas, aun armadas, por la liberación. A todos los niveles, se hacen reuniones, encuentros y congresos. La concientización de la situación va llegando al pueblo mismo. Hay reuniones de sociólogos y teólogos que tratan de interpretar el presente y ver la realidad con ojos nuevos. aquellos ojos que había otorgado el Vaticano II.

Tiene América Latina 268 millones de habitantes en aquel momento. El 60% de sus países está gobernado por dictaduras. El crecimiento económico es de 6 US/año por habitante, mientras que en Europa es de 60 y en Estados Unidos de 150. Hay 150 millones de latinoamericanos subalimentados, 50 millones de analfabetos adultos y 15 millones de familias sin techo.

A nivel eclesial, nuestros pastores y algunos bautizados más comprometidos van tomando conciencia cada vez más clara de esta situación y de la urgencia del compromiso socio-político de los cristianos como forma de poner en práctica las recomendaciones conciliares en nuestro subcontinente. Alentaban nuestros obispos, sobre todo aquellos que habían participado en el Concilio o se habían dejado impresionar por él, todo aquello que pudiera provocar cambios a nivel intraeclesial como en la sociedad. Se hacen esfuerzos por renovar la liturgia, por dar mayor participación al pueblo de Dios en la toma de decisiones y en la elaboración de nuevas ideas pastorales, a la vez que ella, la Iglesia, en sus pastores, realizaba gestos proféticos, publicaba valiosos documentos y a nivel social, apoyaba la reforma agraria y animaba sindicatos, entre otros.

Por esta época celebra el CELAM su X Asamblea Extraordinaria (Mar del Plata 1966) cuyo tema es: "La presencia activa de la Iglesia en el desarrollo y en la integración de América Latina". El título habla por sí solo. Se pretende hacer una

reflexión teológica sobre el desarrollo en la línea dada por *Gaudium et Spes* y bajo su método (ver- juzgar- actuar), lo que provocará, unos pocos años más tarde, un viraje en el modo tradicional de hacer teología en nuestro subcontinente, pues ya no se aplica ésta a las diversas situaciones, sino que busca pensarse y hacerse dinámicamente en permanente diálogo con la realidad, elemento éste, novedoso en el concierto de la teología universal.

A propósito del tema del desarrollo parecía que ya nada podía decirse, pues se consideraba una temática ya agotada, sin embargo el Papa Pablo VI publica en 1967, como se mencionaba más arriba, su encíclica *Populorum Progressio*, reasumiendo la temática. Este documento va tener una especial resonancia en la Conferencia de Medellín.

Sólo resta mencionar un elemento distintivo de aquel momento histórico: la fuerte ola de secularismo que invadió la Iglesia como fruto de una mala interpretación de la *Gaudium et Spes*. Secularismo, distinto a una sana secularización, que trajo consecuencias desastrosas para la Iglesia universal y que también alcanzó a América Latina. Bajo el influjo de aquél se llegó a afirmar que nuestros pueblos eran religiosos, pero no tenían fe.

La Conferencia

Al final del Concilio, Monseñor Larraín, Obispo de Talca y presidente en ese momento del CELAM, solicitó al Papa convocar una segunda Conferencia general del Episcopado Latinoamericano para la aplicación del Concilio en América Latina. En 1966 el CELAM la propone oficialmente al Papa, quien la convoca en la ciudad de Medellín, Colombia, del 26 de agosto al 6 de septiembre de 1968 con el tema: *La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio*.

Participaron 145 obispos, 70 sacerdotes y religiosos, 6 religiosas, 19 laicos y 9 observadores no católicos, para un total de 249 participantes.

De la Conferencia salen 16 documentos agrupados en tres núcleos:

- Promoción Humana: Justicia, Paz, Familia y Demografía, Educación, Juventud.
- Evangelización y crecimiento en la fe: Pastoral popular, Pastoral de élites, Catequesis, Liturgia.
- Estructuras de la Iglesia: Movimientos de Laicos, Sacerdotes, Religiosos, Formación del clero, Pobreza de la Iglesia, Pastoral de conjunto, Medios de Comunicación Social.

Se delinearón tres grandes opciones: los pobres, la liberación integral y las comunidades de base.

La metodología de cada documento es la del ver-juzgar-actuar, utilizada en la *Gaudium et Spes*. Se parte de la realidad, se reflexiona sobre ella a la luz de la fe y se proponen líneas de acción.

Se puede afirmar que Medellín une el gran sentir del pueblo latinoamericano con el sentir eclesial. Allí se dan cita las ilusiones de los pobres y las de la Iglesia. Ambos se unen en el deseo de liberación. La Iglesia asume y se hace la voz de los pobres.

Aportes

Nos preguntamos cuáles son los elementos magisteriales de Medellín que hacen impacto en el quehacer pastoral de América Latina en los años subsiguientes y que se constituyen en respuesta a la cuestión eclesial y social del subcontinente en aquel momento.

- En primer lugar tenemos que señalar que Medellín no fue una simple aplicación del Concilio a la realidad de América Latina, sino una relectura del mismo a la luz de la centralidad que el hombre latinoamericano y en concreto los pobres ocupaban en el sentir de nuestros pastores. Medellín hizo reales las virtualidades del Vaticano II y lo enriqueció. La renovación eclesial que se pretendía en aquel Concilio se hacía realidad en nuestra Iglesia Latinoamericana desde la clara perspectiva de la injusta situación de nuestro subcontinente. Varios datos nos confirman este enunciado:
- Su visión histórica y dinámica del mundo y la colocación del hombre como centro de preocupación, lo cual va a incidir en un modo más encarnado de hacer pastoral.
- La promoción humana y su concretización en los pobres, víctimas de la injusticia y explotación. Esta opción por los pobres y la constitución de los mismos como sujetos y protagonistas de la evangelización fue una de las grandes novedades aportadas por Medellín a la Iglesia universal.
- Se asumen los gritos y ansias de liberación del pueblo pobre. La Iglesia se hace eco de este clamor afirmando el proceso de liberación integral como parte de su programa evangelizador.

- Hay una escucha atenta de los signos de los tiempos que Medellín quiere interpretar como el paso esperanzador de Dios en nuestro continente. A partir de esta segunda Conferencia nuestra Iglesia presta una peculiar atención a esos signos y se hace maestra en el arte teologal de su interpretación.
- Las Comunidades Eclesiales de Base se convierten, a partir de Medellín, en el modelo eclesial más próximo a la vivencia de la fe Latinoamericana.

Puebla

El Contexto

A partir de 1968 la situación socio-política del continente empeora. La brecha entre ricos y pobres se hace más honda. Proliferan los regímenes militares y los modelos económicos que acentúan la situación de miseria y dependencia. Aumenta la violación de los derechos humanos, dando comienzo a toda una época de persecución, violencia de todo tipo y martirio. Cualquier solidaridad con los pobres es causa de persecución y hasta de muerte. Muchos cristianos fueron tildados como comunistas por sus opciones en favor de los pobres.

Surgen movimientos laicales y aun sacerdotales cada vez más comprometidos en el campo socio-político que hacen, muchas veces, opciones explícitas por el socialismo, el marxismo, y la guerrilla.

En el contexto que se acaba de describir aparece la llamada teología de la liberación que se pregunta sobre la manera de ser cristiano en un continente de mayorías pobres y oprimidas. Son tres sus presupuestos básicos: la opción por los pobres, la unidad de la historia y el primado de la praxis. El emparentamiento de alguna de las versiones de esta teología con el marxismo, como instrumento de análisis de la realidad, genera una polémica eclesial y una lucha ideológica sin precedentes en la Iglesia Latinoamericana. Una pregunta acosa la reflexión y la discusión: ¿Es posible la simbiosis entre cristianismo y marxismo?

En la década del 68 al 78 el Magisterio Episcopal produjo en los diversos países interesantes documentos en la línea del Documento de Medellín: Análisis de la realidad, compromiso eclesial con la liberación integral, denuncia de toda situación injusta.

A nivel de la práctica eclesial misma se generan ricas experiencias, entre las cuales sobresalen la creación de un buen número de comunidades eclesiales llamadas de Base, la formación de laicos para atender áreas especializadas de la

pastoral, los ensayos de una pastoral educativa liberadora y de una catequesis en esta misma línea, la mayor planificación pastoral con experiencias muy concretas de pastoral de conjunto al interior de las diócesis y entre diversas diócesis y la revitalización del compromiso socio-político de muchos laicos. Nadie puede decir hoy que esta rica vida eclesial no tiene su origen en las valiosas enseñanzas de nuestros Pastores representadas en el documento de Medellín.

Dadas las difíciles circunstancias originadas por la compleja situación del subcontinente no era fácil mantenerse dentro de la ortodoxia a nivel doctrinal ni dentro de la ortopraxis a nivel de las exigencias sociales de la fe. En este sentido, el Magisterio Episcopal de estos años es claro en denunciar lo que considera una parcialización y reduccionismo en la interpretación de Medellín. Se dice que la liberación y el Reino han sido entendidos como algo puramente terrenal y político por parte de algunos. Este hecho sumado a otros, fue ocasionando una división al interior mismo de la Iglesia con diversas concepciones teológico-pastorales y distintas posturas socio-políticas. Parecía que nadie podía sustraerse a una toma de posición definida ante estas diversas concepciones.

Mientras tanto, a nivel de la Iglesia universal, se producían dos Sínodos bien importantes: El de 1971 sobre el sacerdocio ministerial y la justicia en el mundo en el que el Episcopado Latinoamericano intervino incorporando el tema de la liberación y el de 1974 sobre la Evangelización en el mundo de hoy, cuyo resultado fue esa obra maestra del Pontificado de Pablo VI llamada *Evangelii Nuntiandi*, en donde se supera la falsa alternativa entre evangelización y promoción humana, anudando de manera íntima evangelización y liberación, a la vez que se introduce el tema de la religiosidad popular en el amplio marco de la evangelización de la cultura, temas éstos muy propios de nuestro subcontinente. Bien se puede decir que *Evangelii Nuntiandi* es el culmen de la explicitación y aplicación del Vaticano II. Notorio será el influjo de este documento en la reflexión Episcopal Latinoamericana de los años inmediatamente posteriores y en la Conferencia de Puebla.

En 1976, en la Asamblea ordinaria del CELAM, en Puerto Rico, se propone la realización de una tercera Conferencia Episcopal Latinoamericana, para realizarse en 1978, a los diez años de Medellín.

Comienza entonces la preparación y una etapa de consultas como nunca antes se habían hecho en la Iglesia Latinoamericana. Paralelamente a las consultas y provocada por los documentos preparatorios se empieza una ardua y difícil polémica entre quienes pensaban que el mayor problema de América Latina era la secularización que minaba la fe del pueblo y otros que consideraban la pobreza como el mayor mal de nuestro subcontinente. Dicha polémica suscitó reflexiones de gran calibre teológico.

La Conferencia

En un clima de tensiones y expectativas la Conferencia se realiza del 27 de enero al 12 de febrero de 1979 en Puebla de los Angeles, México. El Papa Juan Pablo II se hace personalmente presente en la inauguración ofreciendo las primicias de su pontificado. Se cuenta con 356 participantes y su tema es: *El presente y el futuro de la Evangelización en América Latina*.

El documento emanado de la Conferencia consta de 5 partes, 14 capítulos y 1.310 números.

Primera parte: Análisis pastoral de la Realidad

Segunda parte: Respuesta de la Iglesia - la Evangelización

Tercera y Cuarta parte: La aplicación pastoral para América Latina

Quinta parte: Opciones pastorales.

Puebla parte del análisis de la realidad y se ilumina ésta con la reflexión sobre las tres verdades, contenido de la evangelización (verdad sobre Jesucristo, verdad sobre la Iglesia y verdad sobre el hombre). La vivencia de este Misterio lleva a la acción: la Evangelización de la Cultura con una triple incidencia en la religiosidad popular, en la liberación y promoción humana y en las ideologías y la política. Dicha evangelización requiere agentes y medios (laicos, presbíteros, obispos, familia, comunidades eclesiales de base, parroquias, diócesis). Esta acción eclesial se proyecta preferencialmente sobre los pobres y los jóvenes y exige, para la transformación de la realidad, unas opciones pastorales. Toda esta reflexión está estructurada en torno a la comunión y la participación, eje central del documento.

Aportes

Resaltamos aquellos elementos que han aparecido como más significativos y constituyen un aporte nuevo del Magisterio de nuestros obispos, tanto a nivel intraeclesial como en el campo del compromiso social de la fe.

- En la dimensión eclesial, tenemos que afirmar lo que tantos han dicho: Puebla es antes que nada la reafirmación serena y tranquila de la mayoría de edad de la Iglesia Latinoamericana. Es este acontecimiento una clara afirmación de su autoconciencia e identidad. En esta perspectiva, Puebla, nos aporta algunos elementos nuevos:
- La claridad lograda sobre los contenidos de la evangelización: Jesucristo, Iglesia y Hombre brindó elementos fundamentales para la recta comprensión teológica de esta triple temática en la situación de América

Latina, lo que a la vez facilitó, a nivel pastoral, una toma de conciencia de tres elementos decisivos: 1. La obra evangelizadora adquiere una fuerte dimensión cristológica presentando a la persona de Jesús, el Señor, como el modelo del Hombre y invitando a hacer la experiencia de salvación en El. 2. En la construcción de la comunidad cristiana se busca una mayor unidad y participación de todos y cada uno de los bautizados, cada quien desde su ministerialidad propia. 3. Los aportes del discurso antropológico de Puebla junto a los aportes del rico Magisterio del Papa Juan Pablo II en este campo, provocan una pastoral centrada en el Hombre y en la búsqueda de su dignidad. Este nuevo tipo de pastoral cierra, de una vez por todas, el camino a las falsas dicotomías, dualismos y visiones recortadas del hombre. Hoy la tarea de la promoción humana, apoyada en la Doctrina Social de la Iglesia, se ha constituido en un rico lugar teológico.

- Puebla ha señalado la religiosidad del pueblo como un elemento constitutivo de nuestra cultura Latinoamericana. Ella, aunque necesitada de purificación, constituye la matriz cultural de nuestro pueblo. Esta afirmación es una clara invitación para no despreciar la religiosidad de nuestro pueblo y para valorar todos aquellos elementos que constituyen un buen piso para la evangelización. Desde Puebla se han hecho interesantes experiencias pastorales partiendo de las expresiones de la fe del pueblo.
- Se explicita la clara opción por los pobres y por los jóvenes, que son las mayorías de nuestro subcontinente. Para nadie es hoy desconocido que esta opción por los pobres, desprovista de todo tipo de ideologización, ha sido uno de los grandes aportes de nuestra Iglesia a la Iglesia universal y que en nuestro continente ha generado unas actitudes eclesiales y pastorales más acordes con el mundo de los pobres.
- Se hace un primer esbozo de la importancia del tema cultural en relación con la evangelización. Esta temática madurará bastante en los años del post-Puebla hasta adquirir plena carta de ciudadanía en Santo Domingo.
- Se toma una clara conciencia de la necesidad de que América Latina comparta su fe con los de afuera, las poblaciones de otros continentes, viviendo aquella con una dimensión notablemente misionera. Fruto de esta conciencia son los congresos misioneros latinoamericanos que se han realizado en los últimos años en diversas naciones del subcontinente y la presencia de un buen número de misioneros nuestros en otros continentes.
- En la dimensión social de la fe, Puebla, representa una nueva toma de conciencia de la Iglesia Latinoamericana frente a la realidad conflictiva del

subcontinente, realidad que se ilumina desde unos conceptos claros sobre lo que es la evangelización y su praxis. Reafirma, Puebla, el nexo profundo entre evangelización y promoción humana y la necesidad de una auténtica liberación integral del hombre latinoamericano.

Santo Domingo

El Contexto

La década de los 80 en América Latina, sobre todo a nivel económico, ha sido llamada la década perdida. A nivel político se alcanza una cierta democracia aunque en la mayoría de países presenta aspectos más bien de tipo formal. Pero a nivel económico fue claramente de retroceso. La economía de nuestras naciones se fue hundiendo y América Latina se vió envuelta en un estado de precariedad escandalosa.

Nuestro subcontinente parece perder el tren de la historia. Cada vez cuenta menos en el comercio internacional, que va prescindiendo de los productos que tradicionalmente ha ofrecido América Latina: las materias primas y la mano de obra barata. Este tipo de economía ha entrado en crisis. La acumulación tecnológica, fruto de la intensidad del conocimiento, ha ocasionado una mayor concentración de capital en unos pocos países. En ningún momento anterior de la historia hubo tal grado de concentración del capital en tan pocos países y en tan minoritaria población. El llamado *grupo de los siete* con sus ochocientos millones de habitantes controlan más poder económico, tecnológico y militar que el resto de los cuatro mil millones del planeta. Este estado de cosas ha provocado una nueva confrontación que reemplaza la de este-oeste: la confrontación norte-sur. Nunca antes se había dado una bipolarización tan extrema del mundo como esta de ahora.

Junto a esta problemática aparece también la difícil cuestión del alarmante crecimiento de la deuda externa y el problema ocasionado por su pago. El mero servicio de la deuda externa fue el 80% superior a los montos de la inversión extranjera. Se disminuyó la participación en el mercado internacional del 7 al 4% y la inversión extranjera directa del 12.3% en 1980 al 5% en 1989. El número de población bajo el nivel de pobreza ascendió de 112 a 184 millones. Junto a este fenómeno hay que tener en cuenta el neoliberalismo capitalista que hoy se impone en casi todos los países de América Latina con sus grandes costos sociales sobretodo para los más pobres.

Otros aspectos importantes que caracterizan esta última década son los siguientes:

El advenimiento de la cultura moderna y su prolongación o crisis llamada postmodernidad han marcado los últimos años de nuestros países aunque en algunas partes estos fenómenos han sido asimilados con características muy propias al ser filtrados por la sabiduría popular.

El fenómeno urbano con el crecimiento descomunal de nuestras ciudades - el 70% de la población reside en las grandes urbes - ha llevado a unas relaciones meramente funcionales entre los hombres y ha provocado grandes cinturones de miseria, fruto de las masivas migraciones del campo a la ciudad.

La violencia alcanzó niveles inusitados creando la llamada "cultura de la muerte". Aparecieron causas y expresiones nuevas de la misma: violencia del narcotráfico, grupos terroristas, guerrillas con una fuerza destructora impresionante, bandas de paramilitares, el fenómeno del sicariato y la delincuencia común. Los atentados contra la familia y la vida en todos los niveles han alcanzado proporciones también ilimitadas.

La proliferación de las sectas y de los nuevos movimientos religiosos fundamentalistas que manipulan la fe del pueblo y lo resienten en su valores fundamentales.

Todos estos son, entre otros, los grandes desafíos que se le han presentado a la Iglesia en esta última década.

A nivel eclesial se ha vivido en nuestro continente un proceso de mayor madurez, originado en una pastoral más serena, fruto de lo aportado por el documento de Puebla. Se empezaron en muchas diócesis procesos globales, orgánicos y planificados de pastoral, las Comunidades Eclesiales de Base fueron reafirmando y clarificando su eclesialidad, la opción por los pobres es algo sobre lo que ya no hay discusión, a la vez que se ha clarificado enriquecido y ampliado más este concepto en relación a la estrechez del mismo en la década anterior. El tema de la cultura fue ganando espacio como campo de estudio y de una decidida acción pastoral. El redescubrimiento de la presencia de las diversas culturas que se dan cita en nuestro subcontinente reclama una acción pastoral diferenciada por parte de la Iglesia. Se dió también en este último decenio un claro aumento de las vocaciones laicales, religiosas y sacerdotales y la valiosa presencia de tantos y tantas religiosas en los que se ha denominado lugares de inserción; por último, toda la Iglesia universal ha gozado del rico y abundante Magisterio del Papa Juan Pablo II haciendo claridad sobre muy variados tópicos de la vida eclesial. Baste mencionar algunos de los documentos más notables de los últimos años: *Christifideles Laici*, *Redemptoris Missio*, *Centesimus Annus*, *Pastores Dabo Vobis*.

Sin embargo se han encontrado deficiencias importantes en la vida eclesial. Señalemos algunas de las más notables: los agentes de pastoral acusan cansancio y desánimo, las fuerzas pastorales se han dispersado, la intensidad de debates y luchas de la década anterior agotó a bastantes agentes de pastoral, muchos cristianos han abandonado su práctica religiosa cayendo en la indiferencia y la apatía. Además de la, ya señalada, proliferación de las sectas, los medios de comunicación han introyectado en la vida de nuestro pueblo todo un estilo de vida ajeno a la enseñanza eclesial.

En 1983, en Puerto Príncipe, Haití, el Papa Juan Pablo II lanzó la invitación a emprender una nueva evangelización que, desde América Latina, alcanzara a la Iglesia universal. A partir de este momento, las diversas alocuciones papales fueron ayudando a nuestros Episcopados a precisar y profundizar el significado de este proyecto. Fue surgiendo así, entre los obispos, la necesidad de realizar una nueva Conferencia general que se enfrentara a los retos de la nueva evangelización de cara a la nueva situación del subcontinente.

En la XXI Asamblea del CELAM en Ypacaraí, Paraguay, en 1987 se cristalizó la iniciativa de una nueva Conferencia. Con motivo del V Centenario y como elemento central de dicha conmemoración se pidió oficialmente al Papa, en 1989, la realización de la IV Conferencia General del Episcopado, Conferencia que luego él mismo convocaría para el 12 de Octubre de 1992 y cuyo tema ya había señalado desde el 12 de diciembre de 1990: *Nueva Evangelización, Promoción Humana y Cultura Cristiana*, con el lema: *Jesucristo Ayer, Hoy y Siempre*.

En los cinco años de preparación de la Conferencia (1987-1992) se produjeron varios documentos con tal fin. Mencionemos los más sobresalientes: El Instrumento preparatorio en 1989, el Documento de consulta en 1991, la Primera y Segunda Relatio en el mismo año y el Documento de Trabajo en 1992. Junto a estos documentos, el CELAM publicó once textos auxiliares fruto de investigaciones, reuniones, congresos, aportes y reflexiones que se ofrecían como ayudas a la preparación de dicha conferencia.

Las discusiones durante esta etapa se centraron en la necesidad de no desconocer los aportes de las Conferencias anteriores. Se escrutó con intensidad el significado de la primera evangelización y sus repercusiones para la nueva. Hubo amagos de polémica en torno a la relación entre evangelización de las culturas y opción por los pobres y los alcances de una radical inculturación del Evangelio.

La Conferencia

Del 12 al 28 de octubre de 1992 con 360 participantes se realizó en Santo Domingo, República Dominicana la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano con el tema anunciado más arriba.

El documento conclusivo de dicha Conferencia comprende tres partes y ocupa 303 numerales.

Primera parte: Jesucristo, evangelio del Padre

Profesión de fe en Jesucristo

Visión de fe de los 500 años de evangelización.

Segunda parte: Jesucristo evangelizador viviente en su Iglesia

Capítulo I: La Nueva Evangelización. El ser y actuar de la Iglesia. Los Medios y Agentes de la Evangelización y el carácter misionero de la misma.

Capítulo II: La Promoción Humana. Se ubica ésta en la dimensión de la doctrina social de la Iglesia y en el contexto amplio de los actuales signos de los tiempos: Derechos humanos, ecología, la tierra, empobrecimiento y solidaridad, el trabajo, la movilidad humana, el orden democrático, el nuevo orden económico, la integración Latinoamericana y la defensa de la familia y la vida.

Capítulo III: La Cultura Cristiana

. Cristo modelo y medida de nuestra conducta moral

. Las culturas Latinoamericanas: Indígena, afroamericana y mestiza.

. Los nuevos fenómenos culturales: La cultura moderna y la ciudad.

. Los medios para afrontar la evangelización de la cultura: la educación y la comunicación social.

Tercera parte: Las líneas pastorales prioritarias. Se detectan líneas para cada uno de los tres grandes temas tratados por la Conferencia.

Para la Nueva Evangelización: - Compromiso de todos, con especial protagonismo de los laicos, desde comunidades vivas, con especial énfasis en los jóvenes. - Una catequesis y una liturgia renovadas. - El lanzamiento misionero desde América Latina, más allá de sus fronteras.

Para la Promoción Humana: - Se asume con renovado ardor la opción evangélica preferencial por los pobres. - Al servicio de la vida y la familia.

Para la Cultura Cristiana: - Una evangelización inculturada que penetre los ambientes marcados por la cultura urbana. - Que se encarne en las culturas indígenas y afroamericanas. - Una eficaz acción educativa y una moderna comunicación.

3. UNA PRIMERA APROXIMACION AL SIGNIFICADO DE SANTO DOMINGO

Todavía es prematuro querer hacer una interpretación del significado que Santo Domingo podría tener en la Iglesia Latinoamericana, sin embargo, a partir del documento mismo, es posible afirmar que él representa, por sus proyecciones teológicas y pastorales, un crecimiento real de la Iglesia Latinoamericana en relación a las tres Conferencias anteriores, a la vez que se constituye en una nueva reafirmación de nuestra identidad y de la importancia del Magisterio de los obispos en cuanto guías, orientadores e intérpretes, a la luz de la fe, de nuestra realidad. Señalamos algunos elementos que permitirán verificar lo dicho.

Santo Domingo aparece como el culmen del proceso de renovación eclesial comenzado por el Vaticano II y el proyecto de la Nueva Evangelización, que esta Conferencia asume, es, sin lugar a dudas, el fruto más maduro, tanto para la Iglesia universal como para la Latinoamericana, del Concilio.

Dicho proyecto de la Nueva Evangelización es concretado, en Santo Domingo, al vincularse estrechamente con la promoción humana y con la inculturación del evangelio. Aquella no es otra cosa que la inculturación del Evangelio en todas y cada de las realidades culturales presentes en América Latina, inculturación que seguramente llevará a una auténtica promoción de los hombres de nuestro subcontinente, especialmente los más pobres. Sin la evangelización de las culturas y la promoción humana que ella conlleva, la Nueva evangelización en lo referente a la "novedad" será un concepto vacío.

Hay en Santo Domingo una explicitación contundente del fundamento de la misión de la Iglesia: el anuncio de la fe en Jesucristo. Se anuncia hoy al mismo Jesucristo que se pretendió entregar en la primera evangelización; sin embargo, este anuncio debe hacerse con nuevo ardor, nuevos métodos y nuevas expresiones, pues el nuevo contexto cultural latinoamericano así lo exige. A este nivel, de nuevo ardor, método y expresiones, habría mucho que ahondar para que éstas no se queden en meras palabras. Santo Domingo nos pide ser imaginativos y creativos en este campo. Tenemos el camino abierto.

Está atento también, Santo Domingo, a reconocer los nuevos sujetos de la evangelización de cara a las nuevas realidades culturales y a la urgencia de la inculturación del Evangelio: indígenas, afroamericanos, mestizos, jóvenes, mujeres; también los educadores y los comunicadores sociales transmisores y creadores de cultura. Es de esperar que en estos próximos años nuestra pastoral se mueva alrededor de una mayor formación y protagonismo de cada uno de estos nuevos sujetos pregoneros del Evangelio y de la formación permanente de los ministros ordenados y del laicado en general, llamado éste último a ser, de una manera especial, protagonista de la Nueva Evangelización.

La vida de la Iglesia en América Latina muy seguramente estará marcada, si se quiere ser fiel a lo querido por Santo Domingo, por los esfuerzos para lograr inculturar el evangelio a todos los niveles de las diferentes culturas presentes en esta parte del mundo: Las culturas indígenas y la afroamericana, la cultura mestiza, la cultura moderna y su expresión, sobre todo, en la ciudad, la cultura postmoderna, las culturas de la pobreza. En cada una de estas culturas habrá que saber descubrir lo que ellas tienen de verdadero para afianzarlo y asumirlo y aportarles aquellos valores evangélicos que les puedan faltar. Así se establecerá un verdadero y auténtico diálogo entre evangelio y cultura en nuestro subcontinente. Baste pensar, para sólo referirnos a algunos casos más concretos, en la gran riqueza que para nuestras Iglesias particulares constituirá el esfuerzo por asumir, de una manera diferenciada, los modos de expresión simbólica propios de cada una de estas culturas en la liturgia y en la catequesis. La creatividad en los planes de pastoral para inculturar el evangelio en las grandes ciudades deberán hacer, muy probablemente, acopio de una desbordante imaginación y de un intenso trabajo interdisciplinar. El evangelizador del futuro próximo deberá ser entonces un auténtico maestro en inculturación.

Sigue siendo en nuestra Iglesia una verdad permanente que la promoción humana es una dimensión esencial y privilegiada de la evangelización y que la grave situación de la dignidad herida de las mayorías de nuestro subcontinente exige reafirmar, igual que ayer, la opción por los pobres. Opción que ahora Santo Domingo coloca en un contexto más amplio, el de los nuevos rostros de las víctimas de los sistemas y los nuevos signos de los tiempos: derechos humanos, la ecología, la tierra, empobrecimiento y solidaridad, el trabajo, la movilidad humana, el orden democrático, el nuevo orden económico y la integración Latinoamericana. Con esta opción, así enunciada, quiere la Iglesia Latinoamericana identificarse con la realidad que viven los hombres de la tierra que han sido despojados de sus dignas condiciones sociales, económicas, culturales, tecnológicas, políticas y que son víctimas de los sistemas imperantes y de las incumplidas promesas de la modernidad y los racionalismos ilustrados. Se logra, de esta manera, la opción preferencial de la Iglesia Latinoamericana con aquellos que hoy son llamados,

genéricamente, el Sur. Nos está permitido imaginar que, siendo fieles a lo expresado por Santo Domingo, esta opción deberá ocupar importantes energías eclesiales para encontrar decididos apoyos prácticos a las líneas pastorales trazadas, en defensa de la vida y de los derechos humanos, en cada uno de los campos señalados como nuevos signos de los tiempos en nuestro subcontinente y que la organización de una seria pastoral social será por fin una realidad con el fin de operativizar la Doctrina social de la Iglesia.

Reclama finalmente, Santo Domingo, la formación de comunidades vivas en América Latina, en la que todos sus agentes, muy particularmente los laicos, y las estructuras eclesiales estén dirigidos a la realización de su dimensión misionera tanto a nivel intraeclesial como en la misión *Ad gentes*. Gozará pues nuestra Iglesia, en el siglo venidero, de todo un renacer misionero tanto en su interior como, y muy especialmente, hacia afuera.

Todo lo dicho previamente está reclamando y exigiendo la renovación de la mentalidad eclesial y la conversión pastoral de la que nos habla también el documento de Santo Domingo. El Vaticano II, Medellín, Puebla y Santo Domingo, serán los faros que guiarán dicha conversión. Ha llegado la hora de que la Iglesia de América Latina haga efectiva las orientaciones del Concilio y del magisterio de sus obispos. Será entonces, tarea de estos años próximos el constante esfuerzo por convertir nuestra conciencia y nuestra praxis personal y comunitaria para lograr una mayor fraternidad capaz de vencer las desconfianzas mutuas y crear un clima de mayor igualdad en las relaciones intraeclesiales; a la vez que nunca serán pocos los esfuerzos por lograr una conversión de los dinamismos pastorales y de las estructuras eclesiales que transparenten con más claridad la Iglesia querida por el Vaticano II. Esta será la condición sin la cual no será nunca realidad la Nueva Evangelización.

CONCLUSION

LOS GRANDES APORTES DEL MAGISTERIO EPISCOPAL LATINOAMERICANO.

El camino recorrido nos ha mostrado la exuberante riqueza del Magisterio que nuestros Pastores ofrecen al Pueblo de Dios peregrinante en América Latina. Ahora, a modo de conclusión, nos atrevemos a formular los elementos que nos parecen son ya patrimonio irrenunciable de la tradición magisterial de nuestro Episcopado.

- El Magisterio ejercido por nuestros pastores posee un fundamento teológico-pastoral doble: 1. Es respuesta a la escucha sensible de las inquietudes y anhelos del pueblo de Dios de América Latina. En ese pueblo y en su acontecer histórico ve, el Episcopado, las señales de Dios en el hoy de nuestra historia. 2. Es respuesta a una dimensión esencial del Episcopado como es la colegialidad. Los obispos de América Latina se reúnen, a pesar de las distintas visiones de unos y otros, asumen e iluminan el peregrinar del pueblo de Dios en nuestro subcontinente.

- Es un Magisterio eminentemente profético que sabe estar atento a los signos de los tiempos para interpretar en ellos los designios de Dios.
- Es un Magisterio que ha hecho una opción clara, sin exclusivismos, por las víctimas y los excluidos de los diversos sistemas operantes en nuestro continente. Es la opción por los pobres; pobres que asumen características y rostros concretos en cada momento de nuestro devenir histórico. Es esta una opción, como decía el Papa en Santo Domingo, fuerte e irrevocable.
- Es un Magisterio que siempre ha animado la creación de una Iglesia viva y dinámica, buscando modelos eclesiales y pastorales aún inéditos en el contexto de la Iglesia universal.
- Es un Magisterio que, permaneciendo siempre fiel al Magisterio universal, ha sabido aportar lo propio y peculiar de la Iglesia Latinoamericana, haciendo una inculturación, como ningún otro Episcopado ha sabido hacerlo, del pensamiento eclesial a la vez que ha enriquecido y dinamizado el Magisterio universal, incorporando a la unidad católica la tradición particular de América Latina. De esta manera nuestro Episcopado ha acogido singularmente la sugerencia del Decreto Ad gentes en su número 22: "Es, por tanto, de desear; más todavía, es de todo punto conveniente, que las Conferencias Episcopales se unan entre sí dentro de los límites de cada uno de los grandes territorios socio-culturales, de suerte que puedan conseguir de común acuerdo este objetivo de la adaptación".

- Es un Magisterio que ha originado una reflexión, una práctica pastoral y un modo de ser Iglesia en América Latina que es ya una riqueza adquirida e irrenunciable dentro del contexto de la Iglesia universal.
- Es un Magisterio que, por razón de lo expuesto previamente, ha facilitado la creación de una teología propia de América Latina. Una teología que en medio de búsquedas dolorosas, ha crecido y madurado, ganándose un puesto en el concierto de la teología universal.
- Es, finalmente, un Magisterio que, dentro de los límites normales de lo humano, se ha hecho símbolo e intérprete del pueblo de Dios que camina en esta parte del mundo.